

ESCUELA DE VIRTUDES

*Aun en medio de las dificultades de la acción educativa, hoy a menudo agravadas, los padres deben formar a los hijos con confianza y valentía en los valores esenciales de la vida humana*¹, exhorta el Romano Pontífice a los padres y madres de familia cristianos. En efecto, sólo es posible construir una vida sobrenatural firme y duradera sobre el cimiento de las virtudes humanas, fundamento que hay que poner en los hijos desde que son pequeños.

El precio de vivir en cristiano —escribe nuestro Fundador— *no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aun sin conocer a Cristo. El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere —insisto— muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a El, que es perfectus Deus, perfectus homo*².

Es función primordial de los padres poner en sus hijos las bases necesarias para que en su vida discurran armónicamente unidos lo humano y lo divino. *En la familia se da la más admirable y estrecha cooperación del hombre con Dios: las dos personas humanas, creadas a imagen y semejanza divina, están llamadas no sólo al gran deber de continuar y prolongar la obra creadora, dando la vida física a nuevos seres, a quienes el Espíritu infunde el poderoso principio de la*

¹ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

² *Amigos de Dios*, n. 75.

vida inmortal, sino también al más noble oficio, que perfecciona al primero, de la educación civil y cristiana de la prole ³.

Educación en la templanza

Las virtudes morales son medios necesarios para alcanzar el fin propio de cualquier criatura humana. Desgraciadamente, en la sociedad actual es frecuente que muchas personas hayan perdido el sentido mismo de la vida sobre la tierra. Como denuncia el Concilio Vaticano II, no raramente ignoran que *el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene* ⁴ y, en consecuencia, centran todo su interés en acumular bienes materiales —cuantos más, mejor—, completamente olvidados de la eternidad a la que nos encaminamos.

Este peligro amenaza gravemente a la familia y afecta de modo particular a la gente joven, que puede dejarse cegar por el brillo de lo que es concreto y sensible. Por eso, Juan Pablo II ha recordado que *los hijos deben crecer en una justa libertad ante los bienes materiales, adoptando un estilo de vida sencillo y austero* ⁵.

El riesgo de perder el verdadero sentido de la vida ha aumentado con ocasión del mayor desarrollo de la ciencia y de la técnica. No porque esos adelantos sean malos, sino porque exigen del hombre un mayor perfeccionamiento ético. Ante el peligro de abusar de los avances técnicos, buscándolos a espaldas o al margen del fin último del hombre, el Magisterio ha señalado los límites de un *concepto técnico de la vida*, que se propusiera entender la existencia del hombre sobre la tierra en términos meramente materialistas, pragmáticos. Por eso, el Papa Pío XII advertía que, *allí donde penetra (...) el concepto técnico de la vida, la familia pierde el vínculo personal de su unidad, pierde su calor y su estabilidad. No permanece unida sino en la medida en que lo imponen las exigencias de la producción en masa, hacia la que se avanza cada día más insistentemente. La familia no es entonces obra del amor y refugio de las almas, sino desolador depósito*

³ Juan XXIII, Mensaje a la Rota Romana, 25-X-1960.

⁴ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 35.

⁵ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

—según las circunstancias— de mano de obra para esa producción o de consumidores de los bienes materiales producidos ⁶.

Educar a los hijos, evitando que los ojos se queden *como pegados a las cosas terrenas* ⁷, requiere esfuerzo, lucha, para no dejarse arrastrar por el ambiente hedonista que se ha extendido en muchos países. Los padres cristianos han de abrir, con su vida ejemplar, una vereda empinada pero andadera para facilitar a sus hijos el camino del Cielo.

Para lograrlo, será especialmente necesaria la templanza en el entendimiento: encauzar la natural curiosidad desarrollando la capacidad crítica ante la cultura consumista. Es bueno fomentar los intereses culturales de los hijos, evitar que pierdan el tiempo con lecturas insustanciales y animarles a leer libros que puedan ayudar a su formación cultural y humana, siempre de acuerdo con la edad y circunstancias de cada uno. En este campo tiene particular importancia que los padres estén al tanto de los libros que a sus hijos les recomiendan en el colegio: textos escolares, lecturas educativas o recreativas, etc., sin desentenderse de tan grave deber, para subsanar —si fuera el caso— las deficiencias e incluso las deformaciones que podrían recibir en la escuela.

Particular importancia reviste el ejemplo de sobriedad y la vigilancia en el uso de la televisión y de otros medios audiovisuales. Por sus propias características, estos instrumentos —que la vida moderna pone al alcance de casi todo el mundo— pueden fomentar la pereza, ya que facilitan la dispersión en mil aspectos accidentales, además de constituir —vista la programación de gran parte de las emisoras y casas productoras— un potencial enemigo de la familia. No se trata de no utilizar nunca esos medios, sino de hacerlo de modo razonable, como instrumentos subordinados al bien de la familia —a su unidad y dignidad— y a la educación integral de los hijos.

A muchos otros campos se refiere también este deber de enseñar a los hijos a vivir con austeridad: sugerir que puede prescindirse del coche para salir a la calle, yendo a pie o empleando los medios públicos; que no siempre es necesario utilizar el ascensor;

⁶ Pío XII, Mensaje de Navidad, 24-XII-1953.

⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 6.

que las luces de las habitaciones, cuando no se necesitan, han de dejarse apagadas; que el teléfono debe usarse con moderación; que hay que mirar bien los precios antes de comprar algo... y tantos otros modos de lograr que los hijos se acostumbren a no alargar el brazo más que la manga. Además, se les puede enseñar a hacer pequeños arreglos en la casa, a colaborar en recoger la mesa y arreglar la cocina, etc.

Evitar los caprichos

Un peligro siempre al acecho, especialmente en las familias que gozan de cierto desahogo económico, es el de querer contentar en todo los gustos de los hijos. Nuestro Fundador nos ponía sobre aviso: *pienso que a veces sois demasiado generosos con los hijos, y tanta generosidad les hace daño (...). ¡Pues tenlos cogidos tú por el dinero... cariñosamente! No seáis roñosos; pero ser demasiado dadi-vosos es una barbaridad muy grande* ⁸.

La dificultad puede proceder, en muchas ocasiones, de una falsa compasión: el buen deseo de los padres de que los hijos no sufran la escasez que quizá ellos mismos conocieron cuando tenían su edad. Dejarse llevar por este sentimiento puede resultar muy nocivo para el futuro de los hijos. Acostumbrados a que los padres satisfagan todos sus deseos, sin ningún sacrificio por su parte, los muchachos podrían adquirir una mentalidad materialista y comodona, que no les ayudaría en su trato con Dios; además, se encontrarían desprotegidos frente a las dificultades que tarde o temprano se presentan en la vida, y no sabrían hacerles frente cuando llegase el momento.

El exceso de cariño —explicaba nuestro Padre— *hace que los aburgueséis bastante. Cuando no es papá es mamá. Y cuando no, la abuelita. Y a veces, los tres, cada uno por su lado, y os guardáis el secreto. Y el chico, con los tres secretos, puede perder el alma. Poneos de acuerdo. No seáis tacaños con los hijos, pero tened en cuenta la*

⁸ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 789.

capacidad de cada uno, la serenidad de cada uno, la posibilidad de autogobernarse: y que no tengan nunca abundancia, hasta que la ganen ellos ⁹.

Es preciso que los hijos conozcan, cada uno según sus posibilidades y su edad, el esfuerzo que cuesta sacar adelante la familia. De esa manera se evita que se conviertan en *señoritos*. Existen muchos medios al alcance de los padres cristianos para facilitar este aprendizaje: tenerles cortos de dinero; impulsarles a trabajar algunas horas al día —al menos en épocas de vacaciones—, para que se costeen sus gastos personales; no consentir caprichos inútiles... *Apenas andan*, comentaba nuestro Fundador, *ya tienen una motocicleta, y enseguida un automóvil. ¡Una catástrofe!* ¹⁰. E insistía: *no seáis excesivamente generosos con el dinero, porque en general dais demasiado dinero a los hijos. Ya se lo daréis después, multiplicado. Que aprendan a vivir con sobriedad, a llevar una vida un poco espartana; es decir, cristiana. Es difícil, pero hay que ser valiente: tened valor para educar en la austeridad; si no, no haréis nada* ¹¹.

La mentalidad imperante hoy día presenta como imprescindible la satisfacción de muchas falsas necesidades. Ropa de última moda, largos viajes, el ordenador personal, el vídeo, la moto..., pueden ser útiles e incluso convenientes en algunas ocasiones, pero hay que estudiar cada caso con criterio cristiano, pensando en el bien integral de los hijos. No es oportuno, y en ciertos casos supondría un grave error, concederles todo lo que ofrece la moderna sociedad de consumo. Acomodándose a las circunstancias concretas, habrá que enseñar a prescindir gustosamente de ese objeto que otros compañeros tienen, de aquella comodidad innecesaria... De esta forma, comprenden mejor que los bienes terrenos son algo pasajero y que no vale la pena dejar que el corazón se apegue a ellos.

Otra falsa excusa puede presentarse en este terreno: el temor a perder la amistad de los hijos, si no se satisfacen sus caprichos. Sería un error, en primer lugar, porque la relación padres-hijos debe fundamentarse en algo más sólido que el mero concederles lo

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*, p. 788.

que piden: ha de estar basada en un amor fuerte y sacrificado. Además, las rabietas de los hijos pasan, mientras permanecen las muestras del cariño verdadero, que es el que ayuda a seguir el camino del Cielo.

Encontrar el justo medio para educar en la templanza no es siempre fácil. En ocasiones, será útil consultar a quien tiene especial gracia de Dios para dar un consejo, a personas con más formación o más experiencia. Una buena línea de actuación, independientemente del nivel de vida que se posea, consiste en seguir el criterio que nuestro Fundador daba en esta materia: vivir y enseñar a vivir como *padres o madres de familia numerosa y pobre*.

Ir por delante

A los jóvenes exhortalos a ser sobrios ¹², recomienda San Pablo a Tito. Pero antes recuerda que, para que esa enseñanza sea eficaz, es conveniente que tengan el buen ejemplo de sus mayores. *Que los ancianos sean sobrios, graves, discretos (...). Que las ancianas observen un porte santo (...), para que enseñen a las jóvenes a amar a sus maridos y a cuidar de sus hijos* ¹³.

La austeridad y templanza en la vida de los padres hace siempre mella en los hijos, porque *el don de sí, que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre hermanos y hermanas, y entre las diversas generaciones que conviven en la familia* ¹⁴. Más aún, ese vivir desprendidos puede y debe inspirar luego el comportamiento en comunidades sociales más amplias, de las que los hijos forman parte.

La actitud de los padres ante los bienes materiales ofrece a los hijos la pauta para enfocar su propia vida. Y son muchos los aspectos que conviene cuidar: sobriedad en la comida, en la bebida, en el tabaco; templanza en el descanso y en las relaciones sociales. Los viajes, las diversiones, el uso de instrumentos de distracción, de descanso, de deporte..., todo ha de estar informado por esa digna so-

¹² Tit. II, 6.

¹³ Ibid., 2-4.

¹⁴ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 37.

briedad, que tanto atrae a las almas.

Hemos de exigirnos en la vida cotidiana, con el fin de no inventarnos falsos problemas, necesidades artificiosas, que en último término proceden del engreimiento, del antojo, de un espíritu comodón y perezoso. Debemos ir a Dios con paso rápido, sin pesos muertos ni impedimentas que dificulten la marcha. Precisamente porque no consiste la pobreza de espíritu en no tener, sino en estar de veras despegados, debemos permanecer atentos para no engañarnos con imaginarios motivos de fuerza mayor. Buscad lo suficiente, buscad lo que basta. Y no queráis más. Lo que pasa de ahí, es agobio, no alivio; apesadumbra, en vez de levantar (San Agustín, Sermo LXXXV, 6) ¹⁵.

No se trata de hacer cosas raras, sino de vivir con sencillez y verdadero desprendimiento. Ciertamente, será distinto el tenor de vida según la situación social, la disponibilidad económica de la familia, etc., pero sin olvidar que una situación pecuniaria floreciente suele ir acompañada de mayor facilidad para caer en caprichos inútiles y perjudiciales, y que en todos los casos hay que dar a los hijos ejemplo de sobriedad y templanza.

Vamos a no inventarnos teorías raras, explicaba el Padre en cierta ocasión. Los que tengáis dinero, vivid con naturalidad, procurando estar despegados de las riquezas, porque si no estaríais atados al diablo. Comportaos de acuerdo con la posición que ocupáis en la sociedad (...). No hagáis alarde de lujo y, sobre todo, no estéis apegados a los bienes de este mundo; obrad siempre con naturalidad ¹⁶.

Un camino con obstáculos

La adquisición y desarrollo de las virtudes tiene unas exigencias propias que han de conocerse. No basta con querer hacer las cosas bien: hay que estar dispuesto a arrostrar las consecuencias, a veces costosas, que implica un comportamiento cristiano. Algunos, escribe San Gregorio Magno, *quieren ser humildes, sin ser despreciados; contentarse con lo que tienen, pero sin padecer necesidad; castos,*

¹⁵ *Amigos de Dios*, n. 125.

¹⁶ Del Padre, Tertulia, 18-VI-1976.

sin mortificar el cuerpo; pacientes, sin soportar injurias. Cuando desean adquirir las virtudes, pero huyen del esfuerzo por conseguirlas, ¿a quién se parecen, sino a los que ambicionan entrar triunfadores en la ciudad, sin haber luchado antes en la batalla? ¹⁷.

Muy distinto ha de ser el comportamiento de los cristianos. *En la senda de la virtud hay caídas y enemigos, altibajos, abundancia y mediocridad, privación, dolor y alegría, lucha del alma, angustia y reposo, progreso y esfuerzo. Batallamos, pues, en el camino, hasta que alcancemos el descanso* ¹⁸. Desde la infancia, han de aprender los hijos que *es milicia la vida del hombre sobre la tierra* ¹⁹. Sólo con esa conciencia profunda podrán disponerse para una existencia verdaderamente cristiana. La *facilonería* y la dejadez no son compatibles con la imitación del modelo de la casa de Nazaret. Porque el hogar cristiano, que ha de ser *escuela de virtudes* ²⁰, debe enseñar a esforzarse con alegría y a caminar contra la corriente.

Generosidad con los demás

Un cristiano no puede vivir ajeno a las necesidades espirituales y materiales de quienes le rodean. Parte de la educación en las virtudes consiste en que los hijos aprendan a prestar una ayuda práctica a las personas que tienen alrededor, comenzando por los demás miembros de la familia.

Hay que enseñar a los hijos que deben rezar unos por otros, y acudir solícitamente en ayuda de quienes lo necesiten. También aquí, como en todo, el ejemplo de los padres es fundamental. *De la beneficencia y de la mutua asistencia no os olvidéis* ²¹, exhorta la Sagrada Escritura. Los niños han de conocer oportunamente que papá y mamá colaboran con las necesidades del prójimo, que no viven encerrados en una torre de marfil, sino que se ocupan con generosidad de las personas necesitadas.

¹⁷ San Gregorio Magno, *Moralia* 7, 28, 34.

¹⁸ Isafas Abbas, *Orationes* 24.

¹⁹ *Iob* VII, 1

²⁰ Concilio Vaticano II, decr. *Gravissimum educationis*, n. 3.

²¹ *Hebr.* XIII, 16.

Los padres cristianos no deben olvidar su deber de ayudar a las necesidades de la propia parroquia, y la obligación moral de contribuir a resolver las situaciones de verdadera necesidad que puedan descubrir a su alrededor, enseñando a los hijos que los bienes materiales los concede Dios para emplearlos como administradores que han de dar cuenta de su uso. En concreto, *el amor cristiano exige que la caridad supla las deficiencias del necesitado, que los ricos en primer lugar presten su ayuda a los pobres, y que cuantos gozan de bienes superfluos no los malgasten o dilapiden, sino que los empleen en socorrer a quienes carecen de lo necesario* ²². En el caso de los Supernumerarios, Cooperadores y otras personas relacionadas con la labor de la Obra, esta colaboración discurrirá habitualmente por el cauce de la ayuda profesional o económica a las labores apostólicas promovidas por la Prelatura.

Bienaventurado el que piensa en el necesitado y el pobre ²³, recoge el libro de los Salmos. Y los hijos aprenden a imitar a sus padres, utilizando parte de sus pequeños ahorros, o de los ingresos de algún trabajo esporádico, para vivir personalmente el desprendimiento. De este modo se les estimula a preocuparse por los demás, y se ponen los fundamentos de una auténtica caridad cristiana. Aprenden, además, que la familia cumple la misión que de Dios ha recibido también si *practica el ejercicio de la hospitalidad y promueve la justicia y demás obras buenas al servicio de los hermanos que padecen necesidad* ²⁴. *No pasa nada* —ejemplificaba nuestro Fundador— *si un día renuncias al medio de transporte que habitualmente empleas, y entregas como limosna la cantidad que ahorras, aunque sea muy poco dinero. De todos modos, si tienes espíritu de desprendimiento, no dejarás de descubrir ocasiones continuas, discretas y eficaces, de ejercitarlo* ²⁵.

Esa generosidad exigirá esfuerzo. Pero es evidente que, *para poder vivir una vida gozosa de familia, se requieren sacrificios, tanto por parte de los padres como de los hijos* ²⁶. A veces, el precio de esa

²² Pío XI, Litt. enc. *Casti connubij*, 31-XII-1930, n. 46.

²³ Ps. LX, 2.

²⁴ Concilio Vaticano II, *Decr. Apostolicam actuositatem*, n. 11.

²⁵ *Amigos de Dios*, n. 125.

²⁶ Juan Pablo II, Homilía, 7-X-1979:

felicidad no será tanto el sacrificio hacia el exterior, como la generosidad *hacia dentro*, que sólo ve Dios. Hablando de la responsabilidad de los esposos cristianos, el Papa ha explicado que *las decisiones respecto al número de los hijos y a los sacrificios que de ellos se derivan, no deben ser tomadas sólo con miras a aumentar las propias comodidades y a asegurar una vida tranquila (...). Los padres se recordarán a sí mismos que es mejor negar a sus hijos ciertas comodidades y ventajas materiales, que privarles de la presencia de hermanos y hermanas que podrían ayudarles a desarrollar su humanidad y a realizar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad* ²⁷.

En efecto, en una familia cristiana los hijos no son considerados como carga, sino como dulces prendas, ni hay torpes razones de comodidad o deseo de estériles placeres que lleven a impedir el don de la vida, o a que se prescindiera de la amable compañía de hermanos o hermanas. Con cuánto afán procuran los padres cristianos que los hijos crezcan vigorosos y, siguiendo las huellas de sus mayores, cuyo recuerdo permanece siempre presente, resplandezcan por su purísima fe y honestidad de costumbres (...). Los miembros de una familia cristiana, ni quejumbrosos en la adversidad ni ingratos en las horas felices, confían siempre en Dios, obedecen sus mandatos, confían en su Voluntad, y esperan seguros en su ayuda ²⁸.

Las incomodidades o la escasez de medios que la generosidad de unos esposos cristianos pueda traer consigo, se resuelven con visión cristiana, con optimismo y fortaleza; y son a la vez escuela de virtudes para los hijos.

Sinceros y leales

Entre las virtudes humanas, hay una que el cristiano debe cultivar de modo especial, por su enorme trascendencia en la vida personal y social: la lealtad o fidelidad, que impulsa al cumplimiento acabado de los propios deberes y de los compromisos libremente contraídos.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Pío XII, Litt. enc. *Sertum laetitia*, 1-XI-1939, n. 8.

En sentido estricto, la lealtad es la virtud que hace al hombre pronto a observar sus promesas. *Corresponde a la fidelidad del hombre* —explica Santo Tomás— *cumplir aquello que prometió* ²⁹. Desde este punto de vista, la lealtad forma parte de la justicia y es, en cierto modo, como su base: *el fundamento de la justicia es la fidelidad, es decir, la constancia y la verdad en lo dicho y en lo pactado* ³⁰.

En sentido más amplio, se entiende por lealtad aquella cualidad interior de la voluntad por la que firme y establemente, a pesar de las dificultades que se encuentren o de los sacrificios exigidos, una persona se mantiene fiel a las propias convicciones o deberes y a los hombres e instituciones que pusieron en ella su confianza.

Los padres cristianos han de enseñar a sus hijos que toda conducta humana noble aparece embebida de lealtad: *el varón fiel será muy alabado* ³¹, proclama el libro de los Proverbios. Y también: *el mentiroso es despreciable para Dios, pero quien actúa fielmente le es grato* ³².

Hay que transmitir a los jóvenes que, a lo largo de la historia, las personas leales ha sido siempre propuestas como paradigma de lo que es un hombre o una mujer de bien, en quien los demás pueden confiar. *¡Qué hermosa es la fidelidad!*, exclama San Agustín. Y añade: *como brilla el oro ante los ojos del cuerpo, así brilla la fidelidad ante los ojos del corazón* ³³. Por el contrario, la deslealtad ha merecido siempre la repulsa de los hombres honrados, porque *es un infame quien falta a su palabra y sin miramiento forja enredos* ³⁴.

En su custodia de la dignidad humana, la Iglesia ha promovido siempre entre los hombres la práctica de esta virtud, y ha manifestado su preocupación ante *el declinar de muchos valores fundamentales que constituyen un bien irrenunciable, no sólo de la moral cristiana, sino de la simple moral humana, de la cultura moral* ³⁵. Entre esos bienes, junto al respeto de la vida humana desde el momento de la concepción, la indisolubilidad del matrimonio y la estabilidad

²⁹ Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 110, a. 3.

³⁰ Cicerón, *De officiis* I, 7, 23.

³¹ *Prov.* XVIII, 20.

³² *Prov.* XII, 22.

³³ San Agustín, *Sermo* 9, 16.

³⁴ *Eccli.* XIII, 15.

³⁵ Juan Pablo II, *Litt. enc. Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 12.

de la familia, Juan Pablo II señala como gravemente perniciosa *la crisis de la verdad en las relaciones de unos hombres con otros, la falta de responsabilidad en el hablar, el trato meramente utilitarista del hombre con el hombre, la falta de sentido del auténtico bien común y la facilidad con que éste es alienado* ³⁶.

Son innumerables los modos concretos de enseñar a los hijos esta virtud. Uno fundamental consiste en mostrarles que hay que decir siempre la verdad, sin miedo a las consecuencias que pueda traer consigo. Hacerles ver que deben ser hombres o mujeres de una pieza, responsables de sus actos, en quienes se puede confiar de veras sin temor a que traicionen sus compromisos.

Los cónyuges cristianos han de explicar a sus hijos que la sociedad humana comporta innumerables relaciones de unos con otros y *no cabe duda de que el presupuesto indispensable de toda pacífica convivencia (...) es la mutua confianza, la persuasión general de que todas las partes deben ser fieles a la palabra empeñada* ³⁷. Sin un clima de lealtad, la convivencia humana degeneraría en mera coexistencia, con su cortejo inseparable de inseguridad y desconfianza. El tejido social se desuniría fatalmente, y la misma sociedad acabaría por disgregarse. No puede darse una comunidad verdaderamente humana sin la realización de intercambios y acuerdos, sin el desempeño de cometidos diversos, que la sociedad confía a los individuos que la componen. Y esto no sería viable si no existiera *aquella observancia de los pactos sin la que no es posible una tranquila convivencia entre los pueblos* ³⁸: un clima de confianza mutua, de honradez, de lealtad.

Esa lealtad con los demás ha de ser muestra de la que debe existir con Dios. Los muchachos han de aprender de sus padres a ser sinceros y leales con el Creador, respetando sus leyes hasta en los mínimos detalles y procurando ser muy sinceros siempre en la oración para que el Señor les pueda hablar con claridad en sus corazones.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Pío XII, Litt. enc. *Summi Pontificatus*, 20-X-1939, n. 56.

³⁸ Pío XII, Alocución, 24-XII-1940, n. 26.

Un remanso de paz

Evita siempre la queja, la crítica, las murmuraciones...: evita a rajatabla todo lo que pueda introducir discordia entre hermanos ³⁹, escribía nuestro Fundador.

En el ámbito familiar, este comportamiento se demuestra de primaria importancia para la educación de los hijos. De ahí el consejo que nuestro Padre daba a las personas casadas: *los niños —aun los que parecen más pequeñines— no lo son tanto, y desde los dos años comienzan a ser testigos de vuestra vida. Son jueces crueles, inexorables: ¿quién va a meterles en la cabeza, a esa edad, que sólo Nuestro Señor es el que puede juzgar? Los hijos juzgan todo lo que ocurre delante de sus ojos; por eso, si os ven piadosos y rectos, si ven que no reñís, si ven que tenéis un amor grande a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra; si ven que lucháis contra vuestros defectos y que procuráis ser buenos cristianos, ellos comenzarán a admiraros. Con eso, ya los estáis formando* ⁴⁰.

La comprensión, el afecto por todos —también por aquéllos que no nos comprenden— ha de ser objeto de enseñanza en el hogar. El difundido refrán *piensa mal y acertarás* no puede ser una regla de vida para un cristiano. Por el contrario, habrá que enseñar a los chicos a no juzgar, a interpretar con comprensión las actuaciones de los demás. Tendrán más facilidad para aprenderlo si ven comportarse de este modo a sus padres. Por eso es tan importante evitar las discusiones, las rencillas, las murmuraciones, las críticas negativas en el seno de la familia. Nuestro Padre *insistía mucho, mucho, en que los hijos no os deben ver discutir nunca. Y añadía que, si tenéis que deciros algo menos simpático, es mejor que esperéis a estar solos* ⁴¹.

Saber exponer las propias ideas o preferencias sin acalorarse, ceder el propio juicio, respetar los puntos de vista de los demás, informarse antes de emitir una opinión, rectificar cuando uno se ha

³⁹ *Surco*, n. 918.

⁴⁰ De nuestro Padre, *Dos meses de catequesis*, II, p. 801.

⁴¹ Del Padre, *Tertulia*, 10-IX-1975.

equivocado..., son muestras de verdadera vida cristiana, fruto del *humus* de la caridad en los hogares cristianos. Pedir perdón, excusarse, reconocer los propios errores o deficiencias, serán otras tantas pruebas de que se ha comenzado a madurar cristianamente.

Con ese esfuerzo continuado y comprensivo de todos los miembros de la familia, se logra que el hogar cristiano sea reflejo del ambiente de la casa de Nazaret. *¡Qué gran ejemplo de convivencia cotidiana!*, afirmaba León XIII, refiriéndose a la Sagrada Familia. *¡Qué perfecta representación de un hogar! Allí se vive con sencillez de costumbres y calor humano; en constante armonía de sentimientos; sin desorden, con mutuo respeto; con amor sincero, sin fingimientos, plenamente operativo por la perseverancia en el cumplimiento del deber, que tanto atrae a los que lo contemplan. Se da, sin duda, el esfuerzo por lograr los medios necesarios para la alimentación y el vestido, pero "con el sudor de la frente" (Genes. III, 19). Actúan así los que, contentos con poco, trabajan más para necesitar menos que para tener más. Y, por encima de todo, se logra la absoluta paz de espíritu, con la consiguiente alegría del alma: dos cosas que acompañan siempre a la conciencia de quien obra el bien*⁴².

Para que el hogar sea verdadera escuela de virtudes humanas y sobrenaturales, los padres deben fijar de nuevo la atención en ese ejemplo: *el Evangelio nos muestra, con gran claridad, el perfil educativo de la familia. "Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto..." (Luc. II, 51). Es necesaria, en los niños y en la edad juvenil, esta "sumisión", obediencia, prontitud para aceptar los maduros consejos de la conducta humana familiar. De esta manera también "se sometió" Jesús. Y con esta "sumisión", con esta prontitud de niño para aceptar los ejemplos del comportamiento humano, deben medir los padres toda su conducta.*

Este es el punto particularmente delicado de su responsabilidad paterna, de su responsabilidad en relación con el hombre, de este pequeño hombre que irá creciendo progresivamente, confiado a ellos por el mismo Dios. Deben tener presente también todos los acontecimientos acaecidos en la Familia de Nazaret cuando Jesús tenía doce años; esto es, ellos educaron a su Hijo no sólo para ellos, sino para El, para

⁴² León XIII, Litt. enc. *Laetitia sanctae*, 8-IX-1893, n. 3.

los deberes que posteriormente asumiría. Jesús a la edad de doce años, respondió a María y a José: "¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?" (Luc. II, 49) ⁴³.

Con la mirada puesta en los bienes del Cielo, los padres cristianos sabrán hacer del hogar una imponente escuela de virtudes, donde los hijos aprendan a manejarse con soltura por los caminos de la tierra. *La sociedad necesita de esta inyección intravenosa de espíritu cristiano, captado en la misma fuente de donde procede, del hogar de Jesús, de María y de José. Este será el mejor disolvente para la densa costra de egoísmo carnal que deja en los corazones de las mujeres y de los hombres la dureza del acontecer cotidiano, si se le arranca su dimensión divina* ⁴⁴.

⁴³ Juan Pablo II, Homilía, 31-XII-1978.

⁴⁴ Del Padre, *Cartas de familia (II)*, n. 260.